

## CAPITULO XXV.

Desembarque de Carlos I en Inglaterra.—Algunos detalles respecto á su carácter.—Entrevista que celebró con Enrique VIII.—Política de Carlos.—Su coronacion en Aquisgrán.

Á pesar de estar disputándose Carlos y Francisco I de Francia la corona del imperio, las buenas relaciones entre ambos no habian llegado á romperse, merced á los esfuerzos hechos siempre por Chievres, quien se habia mostrado favorable constantemente á la paz entre España y Francia.

Y entre estas dos naciones, ó sea entre sus dos monarcas, existian muy poderosos motivos de queja: las cuestiones respecto á Nápoles y Navarra no podian borrarse de la mente del rey de Francia, así como tampoco el emperador de Alemania podia olvidar el ducado de Borgoña, usurpado por Luis XI, y el feudo imperial del milanésado que poseia Francisco, con harto disgusto de su poderoso rival.

Pero Carlos se habia propuesto no dar pretexto alguno para que estallase la guerra, y Francisco á su vez, aludiendo á la corona imperial que ambos se habian disputado, habia dicho:—«Cortejamos á una misma dama; uno y otro nos esforzamos por salir airoso, pero luego que se sepa quien es el rival afortunado, solo toca al otro conformarse y quedar todos en paz (1);» oportuna frase que mas probaba su agudeza de ingenio que traducia sus intenciones, y á pesar de la cual, Francisco no podia dominar su resentimiento, y ardía en deseos de medir sus fuerzas con las de su venturoso adversario.

Teniendo en cuenta las fuerzas con que ambos contaban, la victoria solamente podia inclinarse en favor de aquel que con mas fuertes aliados contara, y Enrique VIII de Inglaterra, que al subir al trono habia reunido en sí los disputados derechos de las casas de Lancaster y de York, y que estaba atravesando un periodo de prosperidad, y contaba con elementos poderosos para que su apoyo fuera buscado, decia muy oportunamente al ocuparse de las eventualidades que pudieran ocurrir:—«El triunfo es de aquel á quien yo preste mi ayuda.»

Francisco y Carlos sabian lo que valia el rey de Inglaterra, y ambos se esforzaban por ganarle á su partido, para lo cual uno y otro pagaban cuantiosas sumas al cardenal Wolsey, ministro de Enrique y favorito suyo, cuyos consejos seguia casi siempre ciegamente el monarca inglés.

El Cardenal se inclinaba hácia el lado de la Francia, mas no pudo conseguir, á pesar de cuantos esfuerzos hizo, concertar una entrevista entre Francisco y Enrique; Carlos, que lo habia sabido, procuró anticiparse á su rival, y al salir de España para dirigirse á Alemania, con arreglo á lo convenido en una correspondencia secreta entre Enrique VIII, Catalina de Aragon, el Cardenal y el mismo monarca español (2), se dirigió á Inglaterra y desembarcó en Douvres, donde se hallaba el Rey y su ministro, esperándole ya, segun habian convenido.

Breve fue la estancia de Carlos en los estados de su tío, puesto que solo duró cuatro dias, mas á pesar de eso, demostrando aquel talento de que mas tarde dió tan repetidas muestras, obró con tanto tino como destreza, y á la par que encantaba á Enrique, desviaba por completo al Cardenal del bando francés, halagando diestramente su ambicion con la perspectiva del solio pontificio para cuando falleciese Leon X.

Quedó convenido entonces que ambos monarcas volverian á celebrar otra conferencia en los Países Bajos, acompañado Enrique por Catalina de Aragon y Carlos por su tia Margarita de Austria.

Aun cuando Enrique no estaba muy satisfecho del rey de Francia, que gobernaba en Escocia por medio del duque de Albani, perjudicando con esto los derechos de su hermana Margarita, viuda de Jacobo IV, sin embargo, como todavía no habia podido acordar nada con su sobrino, partió para la entrevista que habia de celebrar con Francisco.

En una espaciosa llanura entre Guine y Ardres tuvo lugar aquella, recibiendo desde entonces el sitio en que se habia celebrado el nombre de *Campo del Paño de oro*, aludiendo á la inmensa riqueza que allí desplegó la corte francesa, sin que Francisco, comprendiendo sus verdaderos intereses, sacase de ella el partido que necesitaba, pues mas bien trató de eclipsar al inglés con su fastuosidad que obtener de él el apoyo que tan necesario pudiera serle para el porvenir.

Tan luego como hubo terminado esta entrevista, Carlos, que queria borrar inmediatamente la impresion que su tío recibiera en aquel suntuoso campo, se dirigió inmediatamente á Gravelinas, donde vió á este y consiguió el objeto que se propusiera, ofreciéndole someter por completo á su decision todas las cuestiones que pudieran suscitarse entre él y Francisco, que precisamente era lo que mas podia halagar al monarca inglés.

Carlos, que acababa de cumplir los veinte años, estaba dando muestras de ser un político consumado.

Segun las noticias que nos dan las historias de su tiempo, era regular su estatura, y la generalidad de los historiadores sus coetáneos están conformes en que, á pesar de aquellos violentos ataques

(1) *Guicciardini*—Historia de Italia.—L. XIII, p. 439.

(2) En agosto de 1519 habia dado comienzo esta correspondencia siendo por lo tanto inexacto, segun por ella se ve, que el rey de Inglaterra ignorase la visita de su sobrino, como dicen algunos historiadores.

de epilepsia de que tanto sufriera, ofrecia mas bien un aspecto de vigor y fuerza que no de debilidad.

Considerábasele como el mejor jinete de su tiempo, y tenia una aficion extraordinaria á los ejercicios corporales, siendo muy apasionado por la caza.

Blanco era su rostro, castaño su cabello, azules sus ojos, aguilena su nariz y la boca regular, aun cuando, como todos sus antepasados de la casa de Borgoña, tenia el labio inferior un poco saliente.

En su espaciosa frente advertíase constantemente una serenidad extraordinaria, sin que en su rostro se transparentase jamás la mas pequeña señal de las impresiones que pudieran agitar y commover su espíritu.

La mirada era penetrante y fina, y la expresion habitual de su rostro era grave y reflexiva.

Se expresaba con afabilidad y moderacion, é inspiraba á todos cuantos le rodeaban respeto y cariño.

La sagacidad y la perseverancia estaban escritas en aquel semblante, reflexivo al par, y todas estas cualidades, que ya entonces se adivinaban en él, despues de la muerte de su ayo y ministro Chievres, se desarrollaron de una manera tan portentosa que causó general admiracion.

Como el objeto principal del viaje de Carlos habia sido su coronacion en Aquisgrán como rey de romanos, á la realizacion de esto dedicó todos sus esfuerzos y su inteligencia toda hasta conseguir la realizacion de sus designios.

Fijóse al fin dicho acto para el dia 6 de octubre, pero la peste, que á la sazón estaba causando grandes estragos en todo aquel territorio, hizo que se difiriese por algunos dias, con harto disgusto del monarca español.

Este espacio lo aprovechó Carlos ocupándose en arreglar lo mas conveniente para la gobernacion de los Países Bajos, que al fin confió á su tia Margarita, adoptando á la par distintas medidas para evitar á sus enemigos que pudiesen tomar pretexto para romper las hostilidades de su elevacion á la brillante y por tantos títulos codiciada dignidad imperial.

Carlos lo ansiaba extraordinariamente, como ya hemos dicho, pero por ningun estilo queria aparecer ostensiblemente como iniciador de la guerra.

Desgraciadamente, esta sin embargo, no debia tardar en comenzar, y al año siguiente, segun tendremos ocasion de ver, el rey de Francia habia de provocarla colmando de este modo los deseos de su adversario.

El dia 22 de octubre estaba Carlos de vuelta en Aquisgrán, ciudad señalada de antemano por la *Bula de oro*, para que en ella tuviera efecto la solemne ceremonia de la coronacion de los emperadores de Alemania.

Objeto constante de los deseos de Carlos, no podia menos, sin embargo, de comprender todo lo grande del peso que aquella corona arrojaba sobre sus hombros, y de aquí que conforme se acercaba el dia solemne, mas aumentaba su reflexiva y grave expresion.

Numerosa y escogida era la asamblea reunida para tan solemne acto, siendo la mas grande de cuantas hasta entonces se habian visto en circunstancias semejantes, así por el número como por la calidad de los asistentes á ella.

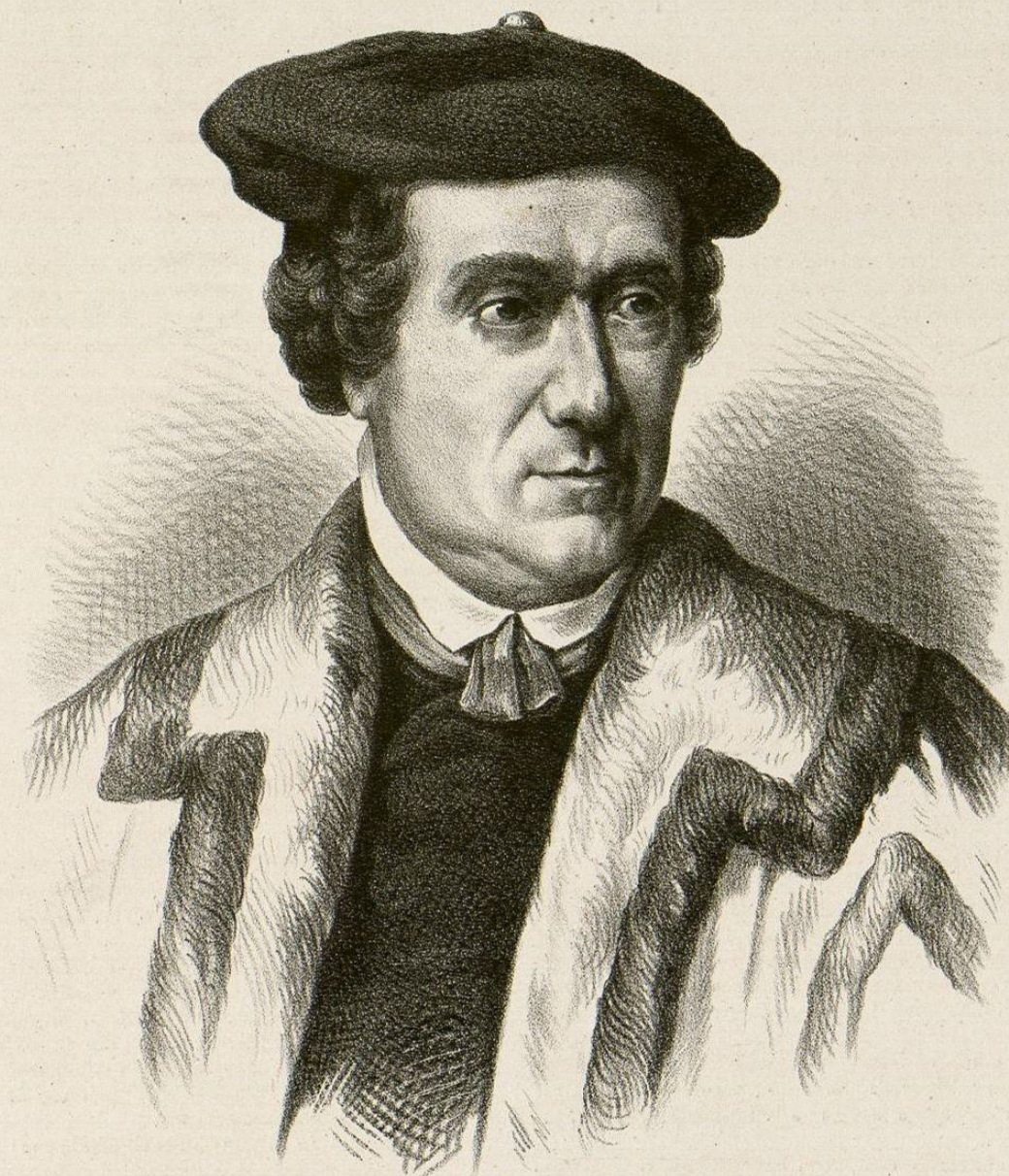
Revestido con los hábitos de diácono, el rey de España prestó juramento ante los arzobispos de Colonia, de Tréveris y de Maguncia, y ante el numeroso concurso, de guardar la fe católica, y de proteger y defender á la Iglesia, administrando estricta justicia; de restablecer el imperio y de proteger y amparar á las viudas y á los huérfanos y á todos los desgraciados, tributando tambien al Pontífice todos los homenajes que le eran debidos en atencion á su elevada jerarquía.

Una vez terminado este juramento, recibió Carlos la corona imperial de Carlo Magno de manos de aquellos prelados, con lo cual terminó la ceremonia.

Grandes y suntuosas fueron las fiestas con que semejante acontecimiento fue solemnizado, aun cuando no pudieron ser de larga duracion á causa de la peste, que obligó á dispersarse inmediatamente tan escogida concurrencia, dirigiéndose el Emperador á Colonia y expidiendo desde este punto sus cartas circulares á todas las ciudades de Alemania, convocando, en uso de las atribuciones anejas á su nueva dignidad, para el dia 6 de enero próximo la dieta general del imperio, en Worms, como punto el mejor y en mas favorables condiciones para ello.

Graves asuntos habia que tratar en ella, y Carlos en sus cartas manifestaba ya que el objeto principal de aquella convocatoria era el de acordar los medios que deberian emplearse para salir al encuentro de las nuevas doctrinas que tanto terreno habian adelantado ya, y que estaban amenazando en un plazo, inmediato quizás, turbar la paz pública, introduciendo graves perturbaciones en la Religion católica.

En el próximo capítulo nos ocuparemos de este asunto, tan importantísimo para el mas completo conocimiento de los sucesos que han de seguirse.



MARTIN LUTERO.

## CAPITULO XXVI.

La Reforma.—Martin Lutero.—La Dieta de Worms.—Estado en que se hallaban las relaciones entre España y Francia.—Cambio verificado en la situación de ambas naciones con motivo del fallecimiento de Chievres.—Rómpanse las hostilidades entre España y Francia.

Lógico nos parece al hablar de la colosal revolución religiosa y política, á la cual sirvió de base en Alemania la herejía de un hombre, decir algunas palabras respecto á este, por la gran influencia que ejercieron sus doctrinas en todos los acontecimientos que por tan dilatado número de años estuvieron alterando la paz del mundo, y que separaron de la Iglesia romana á la mitad de Europa.

El día 10 de noviembre de 1483 nació en Eisleben Martin Lutero, dándole mas tarde su padre, que fue consejero en Mansfeld, una educación bastante regular.

En la universidad de Erfurth cursó los estudios de derecho, obteniendo en ella el título de maestro y sosteniendo diversas conclusiones sobre la física y la moral de Aristóteles con una lucidez bastante notable.

Tal vez por las ideas religiosas que profesaba ya Lutero, tal vez á consecuencia del dolor que le ocasionó la repentina muerte de un amigo suyo, entró en el convento de Agustinos de Erfurth, y en el año 1507 recibió las órdenes sacerdotales.

El estudio de las sagradas Escrituras llamó desde luego su atención, y de tal modo se dedicó á él, que al año siguiente fue nombrado profesor de la complicada ciencia teológica en la universidad de Witemberg.

A los dos años de estar desempeñando aquel cargo tuvo necesidad de marchar á Roma para asuntos relacionados con su Orden, y en este viaje se reveló ya la intemperancia de su carácter, reprendiendo con una dureza extraordinaria las costumbres y la licencia del clero romano, licencia que, como dice muy oportunamente un escritor moderno, «él había de dejar muy atrás algunos años mas tarde.»

Por entonces publicáronse en Alemania unas indulgencias por el pontífice Leon X, cuyas limosnas estaban destinadas á la terminación de las obras de la basílica de San Pedro de Roma, edificio proyectado y comenzado á construir por el famoso papa Julio II.

El arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, el fastuoso príncipe elector Alberto, recibió el encargo de hacer la publicación de aquellas indulgencias, y para esto mandó llamar al dominico Tetzel de Leipzig, personaje muy conocido ya en dicha clase de predicaciones.

Esta predilección respecto á los dominicos escitó los celos de los agustinos, y la conducta por aquellos observada, el orgullo de que se hallaban poseídos, favoreció en gran manera los ataques que sus contrarios les dirigian, y aumentó la indignación con que en los estados alemanes se estaba viendo el abuso que los primeros cometían.

Martin Lutero distinguióse desde los primeros momentos como impugnador de aquellas indulgencias, y protegido y alentado por el elector de Sajonia, redactó é hizo fijar, en 31 de noviembre de 1517, en la catedral de Witemberg, noventa y cinco proposiciones respecto á las indulgencias, invitando á los sábios á una discusión pública y protestando que su objeto no era por ningún estilo emitir opinión que fuere contraria á las sagradas Escrituras, ni á la doctrina que los papas y los santos Padres tenían de antemano establecida.

Fácilmente puede comprenderse que inmediatamente se alzarían contra Lutero muchos y buenos adversarios, pero á todos contestaba, y su elocuencia conseguía fascinar á la multitud, ávida siempre de novedades.

Leon X, al tener noticia de esto, no le concedió en un principio la importancia que realmente tenía; juzgólo, mas bien como una disputa de dos comunidades rivales, que como la base de una gran perturbación religiosa, y sus disposiciones fueron bastante templadas.

En cambio el emperador de Alemania, Maximiliano, comprendió que aquello podría tener algun día fatales consecuencias, y cuéntase que dijo:—«Dentro de poco las opiniones privadas y las locuras humanas reemplazarán á las verdades tradicionales y á los principios de la salvación verdadera;» palabras que los posteriores sucesos autorizarían á calificar de proféticas.

Lutero, entre tanto, siguió adelantando en el funesto camino que emprendiera, y de la impugnación del abuso pasó á combatir con enérgica violencia el principio de las indulgencias, la intercesión de los santos, la confesión auricular, el purgatorio, el celibato del clero, la transubstanciación, la autoridad de la Iglesia y el carácter del Pontífice.

En el año de 1519 celebró en Leipzig una conferencia pública, en la cual sostuvo varias de sus erróneas proposiciones, llegando hasta á negar el libre albedrío y siendo victoriosamente combatido por sus adversarios; pero, á pesar de su derrota, consiguió ganar para su causa á Felipe Melancton, que fue el mejor de todos sus discípulos.

No es de nuestro propósito entretenernos en detallar todo el progresivo desarrollo que fue tomando la herejía, ni seguir paso á paso todos los del heresiarca audaz que cada día se mostraba mas orgulloso y altanero. Semejante estudio es ajeno de una obra como la nuestra, y por lo tanto solo podemos apuntar los hechos mas

esenciales de aquella lucha que, comenzando por disputas teológicas, habia de terminar entre el horrible fragor de los combates mas sangrientos.

Con la hueste de Martin Lutero creció el poder y la autoridad del elector Federico de Sajonia, y siendo este gran amigo y favorecedor de aquel, puede comprenderse que tambien aumentaria considerablemente la audacia del atrevido reformador.

Leon X vióse obligado ya á proceder resueltamente contra él, y en junio de 1520 publicó una bula de excomunión, en la cual se condenaban cuarenta y una proposiciones de Lutero, ordenándose además que fueran quemados sus escritos, y declarándole excomulgado si no hacia una solemne retractación en el término de cuarenta dias, disponiendo igualmente que si este plazo pasaba exhortaba á los príncipes cristianos á que le prendieran y le enviaran á Roma si no querían hacerse cómplices de sus errores.

La contestación de Lutero fue apelar de la sentencia del Papa ante el próximo Concilio general, y quemar en la plaza de Witemberg, tanto la bula de excomunión, como los libros de derecho canónico.

Al ser elegido emperador el rey de España, Lutero le dirigió una carta llena de humildad, por medio de la cual esperaba obtener su apoyo.

Cárlos, que no podia faltar á las tradiciones de sus antepasados, que en su cálculo político no entraba el privarse de la amistad del Papa, y que no podia proceder de ligero en asunto tan importante, mostrándose desde el principio como valeroso y resuelto campeón de la Iglesia, decidió, en union de los demás miembros de la Dieta, que Lutero fuese emplazado ante esta, para que manifestara si persistia ó desistía de las opiniones que provocaran contra él la censura pontificia.

Para que pudiera presentarse en la Dieta de Worms, el Emperador le envió un salvoconducto, y Lutero acudió á ella, donde de nada quiso retractarse, donde persistió en sus opiniones, sin querer sujetarse á la decision de un Concilio, segun le aconsejaban los príncipes y los prelados, y de donde fue obligado á salir, vista su persistencia, con otro salvoconducto que tenia de término veinte y un dias, al cabo de los cuales seria preso en cualquier sitio en que se le encontrase.

Además se dió orden de quemar todos sus libros y prohibióse á los príncipes darle asilo ni protección, considerándosele como un hereje empedernido y contumaz.

Mas á pesar de esta prohibición, por orden del elector de Sajonia, habia apostados en el camino que debía seguir Lutero varios ginetes enmascarados, los cuales se apoderaron de él y le condujeron á la fortaleza de Wartburgo para que en ella pudiese aguardar la conjuración de la tempestad que entonces le amenazaba.

Por este tiempo la universidad de París condenaba sus obras, y el rey de Inglaterra, Enrique VIII, las refutaba por medio de una obra muy notable.

Desde su seguro asilo prosiguió, sin embargo, la defensa de sus doctrinas, siendo consecuencia de ellas las bárbaras escenas ocurridas en Witemberg, en Francfort, Nuremberg, Hamburgo y otra porción de ciudades alemanas, donde tuvieron lugar desatentadas profanaciones en las iglesias, que obligaron al mismo Lutero á salir de su retiro y presentarse en el primero de dichos puntos para poner coto á tamaños excesos.

El edicto de Worms no tuvo efecto mas que en algunos estados alemanes, y merced á esto logró disfrutar el reformista de cierta impunidad, sin que el monarca español pudiese atender de momento á aquello, preocupado por otros sucesos importantes.

Cárlos, por medio del cardenal Wolsey, que ya le era completamente adicto, celebró con el rey de Inglaterra un tratado para reunir sus armas en el día del peligro. De igual modo habia celebrado otro con Leon X para arrojar á los franceses del Milanésado, cediéndolo despues á Francisco Sforza, y conviniéndose en que los ducados de Parma y Placencia se restituirían á la Iglesia, que el Emperador prestaría su ayuda al Pontífice para la recuperación de Ferrara, aumentando el tributo anual que Nápoles satisfacía á la Santa Sede, y que Cárlos se encargaba de proteger á los Médicis de Florencia señalándoles varias pensiones.

Este convenio, hecho sin el conocimiento de Chievres, ocasionó tal pesadumbre, puesto que comprendió que ya era inminente la guerra, que enfermó en Worms, falleciendo en 18 de mayo del año 1521, apresurándose Cárlos, con tal motivo, á empuñar con mano firme el timon del Estado y mostrándose desde aquel momento bajo una forma distinta de la que hasta entonces apareciera que no permitió sentir el vacío que dejaba aquel apreciable hombre de estado.

Francisco I fue, como en otro lugar hemos dicho, el que rompió las hostilidades.

Quebrantando abiertamente el tratado de Noyon, prestó auxilios á Roberto de la Mark en sus pretensiones á un castillo del Luxemburgo, y envió un no pequeño ejército á Navarra á las órdenes de Andrés de Foix, reclamando aquel trono para el hijo de Juan de Albret.



IGNACIO DE LOYOLA.